

La deuda de la política

Ricardo Rouvier, Corregidor, Buenos Aires, 2004, 204 páginas.

Al celebrarse el bicentenario de la Revolución Francesa, el historiador francés François Furet sostuvo que de esa experiencia histórica no se podían obtener muchas conclusiones, porque sólo habían transcurrido doscientos años desde su acontecimiento.

Las reflexiones sobre la Argentina actual, a sólo tres años de la crisis institucional más importante de los últimos casi treinta años, no se encuentran, por cierto, en mejores condiciones de enseñanza. *La deuda de la política* no escapa a esta falta de maduración sobre los hechos. Como se pone de manifiesto desde el mismísimo primer párrafo, el autor no quiere o no puede liberarse ni de su imparcial emotividad ni de la coyuntura política argentina de los últimos años, en los que “hemos caminado hacia la decadencia con una soberbia digna de las mejores causas” (p. 10).

Aunque a veces recurrente a análisis de tipo macrosociológico, *La deuda de la política* es un libro de naturaleza crítica y ensayística, algo desordenado y poco cuidado desde el punto de vista editorial. Podría decirse que su escritura está fresca sobre la crisis. Pero es un libro valiente en la medida en que explora las causas recientes y no tan recientes de la crisis de 2001-2002 que es, según el autor, la condensación de una crisis estructural que comienza con el Rodrigazo en su dimensión económica pero que es, ante todo, política.

A pesar de la politicidad de la crisis, la descripción de su extensión y profundidad no podría dejar de lado aspectos importantes de la sociedad civil. La crisis argentina impacta sobre todas las dimensiones de la vida social, y la dificultad en su interpretación se debe a su propia naturaleza heterogénea: es producto combinado de la crisis de la sociedad occidental, de la crisis de las ciencias sociales, de la demonización egoísta de la política, de la escasa tolerancia al disenso, de la superficialidad de los medios de comunicación, de lo coyuntural del pensamiento nacional, etc. En este sentido, es una crisis de naturaleza doble: crisis de la política y de los enfoques de interpretación de la crisis.

La primera idea fuerza del libro se basa en que la crisis está íntimamente conectada con la relación —según Rouvier nunca discutida en Argentina— entre el capitalismo y la democracia. De hecho, sostiene, ningún gobierno a partir de 1983 ha reconocido del todo el sustrato neoliberal de sus políticas económicas, lo que profundiza la “paradoja nacional” de sostener un sistema social y económico que adhiere a los valores de la libre competencia, pero sin clase empresaria, sin ampliación de la propiedad privada, sin acumulación y sin

Estado árbitro y equilibrador de las relaciones y tensiones sociales o capaz de refrenar el dominio de corporaciones y grupos de presión.

En segundo lugar, la característica ausencia de visión estratégica en Argentina llevó al sometimiento a la economía de mercado y al apego a lo instrumental —ejemplos de improvisación son el Plan de Convertibilidad y la constitución de la Alianza—. Ahora esa falta de pensamiento es parte misma de la crisis y de las dificultades para superarla. Y es más, esa vulnerabilidad interna y externa del Estado y la sociedad genera sucesivos círculos viciosos: en el ámbito laboral, no se puede frenar el desempleo (lo que imbrica a la crisis argentina con las transformaciones internacionales en la materia); la inequidad social pone en peligro la propia convivencia nacional integrada; la educación no ha generado un capital humano suficiente para afrontar la recuperación del país; y consecuentemente, ante este gran fracaso institucional-familiar-escolar-laboral, han crecido los delitos y disminuido las edades de los delincuentes.

En tercer lugar, la crisis argentina se desenvuelve en un trasfondo estructural cultural —estos son los capítulos más interesantes del libro—, un condicionante en relación a la triple (política, social y económica) consecuencia de la crisis. En este punto Rouvier se remonta hasta los conflictos poscoloniales entre el liberalismo y el tradicionalismo como el inicio de la imposibilidad de construir una identidad nacional. Quizá debido a la escasez poblacional en un territorio inmenso e injustamente repartido, al arraigo parcial de los inmigrantes, al apego a las ilusiones, a la escasez de empatía colectiva que hace que las leyes sean vistas como un sistema externo a la propia responsabilidad, a la anulación del otro, o a la falta de involucramiento, es que el país ha tenido numerosos y traumáticos momentos fundacionales. Por añadidura, la ambigua idiosincracia argentina se encastra con la blandura del sujeto posmoderno. En suma, la crisis cultural está dada por la histórica imposibilidad de completar una identidad nacional y un proyecto de país.

Aunque algunos datos de encuestas ya lo mostraban a mediados de 2001, el año 2002 representa la última y más explícita etapa de la larga crisis argentina. Cuando desaparece la contención social, casi desaparece la convivencia social, se ensanchan las rupturas internas y las desigualdades de la sociedad civil, la seguridad física aparece como el principal problema y se anulan las expectativas sociales.

Así, la crisis de la política no es sólo de los políticos, sino un fenómeno que significa las diversas maneras del “divorcio entre la Sociedad civil y el espacio político, constituido por el Estado, el gobierno, los partidos políticos y los políticos como actores de la política” (p. 155). Este divorcio es la consecuencia de un vínculo que de largo había empezado a

desgastarse entre la sociedad civil y el Estado, en el que finalmente —aunque no por vez primera— la ciudadanía “se fuga” de su responsabilidad política —como en las elecciones legislativas de 2001—, y la dirigencia no interpreta ese comportamiento y se aísla. La novedad es que, con partidos en crisis, la dirigencia esta vez quedó expuesta a la ira popular.

Algunas algo polémicas propuestas de reforma política que aparecen en el libro están orientadas a revertir este fenómeno.

“En síntesis, la dirigencia está en deuda en lo que respecta a su compromiso con el país, pero gran parte de la ciudadanía también” (p. 191).

Martín D’Alessandro